



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

Nuevo milenio, nueva historia

Autor:

Weinberg, Gregorio

Forma sugerida de citar:

Weinberg, G. (1994). Nuevo milenio, nueva historia. *Cuadernos Americanos*, 5(47), 46-52.

Publicado en la revista:

Cuadernos Americanos

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 47, (septiembre-octubre de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NUEVO MILENIO, NUEVA HISTORIA*

Por Gregorio WEINBERG
ENSAYISTA ARGENTINO

LA MAGNITUD Y SERIEDAD de la crisis contemporánea que afecta en todas sus dimensiones a nuestra sociedad se expresa, de modo sobresaliente, en la concepción del mundo que tenemos y utilizamos; esta circunstancia por sí sola explica que el tema central de este Congreso exprese una compartible preocupación: "América Latina y el Caribe hacia el año 2000", y sugiera para este panel otro más específico: "Fin de siglo. ¿Fin de la historia?", títulos ambos que consideramos tan acertados como oportunos para disipar siquiera en parte muchas de las confusiones que nos desorientan y nos abruman.

Y como no parece requerir demasiada perspicacia, detrás de estos planteamientos se advierte el eco del polémico trabajo de Francis Fukuyama;¹ entendemos que se nos está pidiendo, implícitamente, si no una respuesta satisfactoria, por lo menos una toma de posición frente a sus ideas —desde una perspectiva latinoamericana— que, más allá del autor, expresan toda una corriente con bastante influencia en muchos círculos continentales, y donde más que las actitudes críticas parecen predominar aún los esfuerzos de sumisión ante las modas y los ajenos prestigios.

Con la brevedad que las circunstancias exigen digamos que gran parte de la actual crisis contemporánea cabalga sobre una constelación de supuestos que están haciendo agua desde hace tiempo. Nos referimos, más en particular, a la presunta universalidad de muchas de las categorías mentales utilizadas y que no son otra cosa que una engañosa y prematura proyección de ideas eurocéntricas, las que a su vez no expresan sino una de las tantas variedades

* Ponencia lcída en el IV Congreso Internacional de la SOLAR, Mendoza, Argentina, el 18 de noviembre de 1993.

¹ Francis Fukuyama, *The end of history and the last man*, New York, Macmillan, 1992.

de etnocentrismo que distinguen el proceso histórico de la humanidad. Un mexicano ilustre —fray Servando Teresa de Mier— ya percibe en 1820 esa actitud a la cual estamos aludiendo, cuando escribe “... yo he visto en Londres hombres que se admiraban de oír que había otra lengua que la inglesa”.

Distintas razones han contribuido a intensificar un desarrollo desigual que, sobre todo desde hace medio milenio, ha favorecido a determinados países europeos, y no ha sido la menor de sus causas la ocupación y la explotación de aquellos que más tarde se llamarían los imperios coloniales. Sin entrar en pormenores, recordemos que las riquezas extraídas de América (como después de Asia y de África) contribuyeron a fortalecer aquel eurocentrismo, y al mismo tiempo dicho eurocentrismo se fue consolidando marginándonos y endeudándonos material y espiritualmente. Y desde ese punto de vista se fue escribiendo la historia, o dicho con palabras de Leopoldo Zea, los mismos pueblos que inventaron la historia inventaron los pueblos fuera de la historia. Hoy parece que asistimos a un nuevo operativo ideológico; consiste éste en negarles sentido a los procesos pretéritos e imponérselos, sectariamente, a los futuros. Fukuyama *dixit*: “Nuestros pensadores más profundos han llegado a la conclusión de que no existe eso llamado historia, o sea, un orden con sentido en la marcha de los acontecimientos humanos”, para añadir en otro trabajo de su autoría: “La noción de que la historia tenga sentido, sea direccional, progresiva o simplemente comprensiva es extraña a las principales corrientes de nuestro tiempo”. Sin embargo llega a esta conclusión: “La democracia liberal es la única aspiración política coherente que abarca las diferentes culturas y regiones del planeta”. ¿A través de qué razonamientos milagrosos llega a esta inferencia que acabamos de citar? Veamos algunos.

Seguimos citando a Fukuyama:

El desarrollo de la ciencia natural ha tenido un efecto uniforme en todas las sociedades que lo han experimentado, y ello por dos razones. En primer lugar, la tecnología confiere una ventaja militar decisiva en los países que la poseen... [de acuerdo]... y en segundo lugar, la ciencia natural moderna establece un horizonte uniforme de posibilidades de producción económica... [un disparate].

Todo esto conduce, siempre a su juicio, a una globalización de los mercados, es decir, a “una cultura universal del consumidor”. Antes que comentar sus discutibles observaciones sobre filosofía de

la historia, sobre concepción del mundo y de valores, detengámonos un instante en ciertas afirmaciones cuyas prosaicamente vinculadas al quehacer económico.

Que la difusión de la ciencia y de la técnica contribuyan por sí mismas a homogeneizar las sociedades es un despropósito, como lo es atribuir automáticas virtudes democratizadoras a la globalización y liberación de los mercados.

Tratemos por nuestra parte de cuantificar la situación actual del planeta, buscando algunas tendencias que indican qué está ocurriendo no sólo ahora, sino desde hace décadas. Veamos unas pocas cifras extraídas del informe de 1992 sobre *Desarrollo humano*, publicado por el PNUD (es decir, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo): en 1989 el quinto más rico de la población mundial disponía del 82,7% del Producto Bruto Nacional (PBN), del 81,2% del comercio mundial, del 80,6% del ahorro interno y del 80,5% de la inversión interna. Y como contrapartida, el quinto más pobre de la población mundial dispone del 1,4% del PBN, del 1,0% del comercio mundial, del 1,0% del ahorro interno y del 1,3% de la inversión interna. Completemos este diagnóstico siguiendo la misma autorizada fuente. “Los mercados globales no operan libremente. Esto, unido a su condición de socios desiguales, les cuesta a los países en desarrollo us\$ 500 000 millones anuales, o sea diez veces más de lo que reciben en ayuda exterior”. Permítasenos mencionar otras pocas y brevísimas referencias del mismo documento. “... Sólo el 7% del comercio mundial se encuentra en conformidad total con los principios del GATT... Veinte de veinticuatro países industrializados son hoy más proteccionistas de lo que eran hace diez años”. Y la última: “... Cerca de 75 millones de personas de países en desarrollo dejan su tierra todos los años, en calidad de emigrantes por razones económicas, trabajadores transitorios, refugiados o personas desplazadas”. Estos elementos pintan una situación, reiteramos, que no sólo es actual, sino que es el producto de una tendencia secular y que ahora se nos quiere sugerir como “natural”, como “fatal”. En realidad el enunciado de Fukuyama no es otra cosa que una lectura en clave neoliberal de la historia para legitimar una propuesta fundamentalista.

En momento alguno puede admitirse la idea del fin de la historia, de su unidireccionalidad; toda sociedad democrática significa siempre (y significó siempre) una pluralidad de opciones, de caminos, de alternativas; pretender otra cosa es ser dogmático, autoritario, voluntarista. Y para que reflexionemos sobre este supuesto

nuevo orden, tan “estable” como “recomendado”, mencionemos una observación del conocido político sueco Pierre Schori, cuando se pregunta: “cuánta pobreza soporta la democracia, cuánto subdesarrollo tolera la seguridad global”. Y su debida comprensión exige no sólo prolijos análisis científicos, es decir, no tendenciosos, de la realidad contemporánea, sino que su adecuada lectura reclama, como lo quiere Alain Touraine, de la memoria para protegernos contra las informaciones parciales y desorientadoras que son las que suelen utilizarse para darnos una visión distorsionada de la realidad. Más todavía: desdichados los países cuyo futuro se intenta inventar o programar desde fuera de sus fronteras, o el de aquellos que creen, por molición intelectual —lo subraya Darcy Ribeiro— que su futuro coincide con el de los países ricos, ignorando las dificultades y limitaciones de éstos, y, lo que es más serio todavía, desatendiendo el problema de preservar su identidad cultural en un mundo dominado por quienes disponen de las técnicas, de la información, de los recursos necesarios como para desvirtuarla, desnaturalizarla. Y aquí las denominadas “industrias culturales” desempeñan un papel sobresaliente.

El desafío consiste pues en mantener nuestra idiosincrasia como naciones durante este proceso acelerado de regionalización o de planetarización de los valores, de las pautas, de los paradigmas. En defender la especificidad de los procesos de desarrollo y, por lo tanto, nuestra personalidad cultural. En preservar y fortalecer la democracia y el diálogo. En preguntarnos entre todos acerca de las mejores alternativas para enfrentar la crisis o buscar opciones a la misma. En no bajar los brazos frente a los pronosticadores del fin de la historia o los profetas de un destino por ellos instituido. En saber de qué manera asimilar la decisiva revolución científica y tecnológica en la cual estamos sumergidos, modificadora no sólo de nuestras estructuras económicas, políticas, sociales, demográficas, ocupacionales, educativas y culturales, sino también de las aspiraciones y expectativas. Pero vayamos más a fondo todavía: estas condiciones revolucionarán nuestras ideas de espacio, de tiempo, de causalidad, factores que con la aceleración de los procesos históricos trastornan ya el ritmo de nuestra misma existencia y su entorno; esto es, algunos de los ejes decisivos de nuestra actual y debilitada cosmovisión. Y no es cierto que la técnica y la ciencia, como dice Fukuyama, homogeneicen, se difundan en forma regular. Responden a intereses, a la capacidad de generar conocimientos en forma endógena, a la ecuación social y ética dentro de la cual se inscriban.

Si en apariencia tanto la ciencia como la técnica son neutrales, no lo son los hombres que las utilizan, los intereses que las impulsan, como tampoco son iguales los puntos de partida.

Nos hemos demorado en un terreno que no es precisamente el nuestro como intelectual, pero sí como ciudadano, como hombre preocupado por nuestro destino latinoamericano y universal. Nos parece inaceptable admitir que se nos clausure la historia cuando se advierten los señalados abismos entre las naciones más ricas y las más pobres, situación que se reproduce dentro mismo de los países, con el agravante que cuanto menos desarrollados sean éstos tanto mayores serán las distancias entre los grupos sociales de uno y otro extremo.

Otro tema para el que también las actuales circunstancias reclaman un replanteamiento global es la política de población. Por lo general en los seminarios y foros internacionales suele plantearse como grave —acuciante y peligrosa— la llamada “explosión demográfica”, sobre la cual tanto se ha escrito. Es ésta una cuestión que afecta fundamentalmente a los países en vías de desarrollo. Ahora bien, sobre los desarrollados en cambio se ciernen otras interrogantes, así las migraciones internacionales, que ya han suscitado manifestaciones nacionalistas y chauvinistas preocupantes; más aún, se han planteado dramáticamente en las luchas políticas internas de varios países como Alemania, Francia, Estados Unidos, etc. Parecen olvidar la advertencia de Carlos Fuentes: “No le tengamos miedo al inmigrante; cuando excluyen las culturas pierden; cuando incorporan las culturas ganan”. La actual coyuntura supone advertir que, por lo menos en Europa, esas migraciones o desplazamientos poblacionales se incrementarán enérgicamente con todo lo que ello implica en estos momentos de escaso dinamismo económico, o dicho con otras palabras, de dificultades para la absorción de mano de obra. Concretamente: una discusión abarcadora de las políticas de población —que contemple ambas caras de la moneda— podrá acercar, no digamos soluciones, pero sí por lo menos un encaminamiento más racional, quitando argumento a sectores sensibilizados que, ante este temor por el desempleo, se dejan arrastrar por actitudes racistas y xenóforas.

¿Podemos por ventura hablar del fin de la historia cuando el actual modelo de industrialización genera desocupación? ¿Podemos hablar del fin de la historia cuando se advierte en el horizonte una dramática modificación de la estructura ocupacional que transformará de raíz nuestras sociedades actuales?

¿Podemos hablar del fin de la historia cuando los modelos de desarrollo recomendados están contribuyendo en forma espectacular a la destrucción del medio ambiente, a alterar el equilibrio de la Naturaleza y hasta amenazan el lugar del hombre en la misma? Sobre este tópico mucho se ha escrito y debatido, y la conclusión más sensata indica que debemos esforzarnos por encontrar soluciones bien diferentes a las propuestas actuales, que no son éstas espontáneas ni naturales, sino inducidas, repetimos, por un estilo de desarrollo (no siempre explícito) que debe modificarse en escala planetaria y que al modificarse también cambiará la historia, reinaugurándola.

No era propósito nuestro inventariar algunos de los grandes problemas ni tampoco jerarquizarlos; apenas queremos significar que las actuales tendencias —que deben revertirse necesaria y urgentemente— no indican el fin de la historia, un encauzamiento mecánico ni unidireccional de los procesos; antes bien, parecen exigir se los repiense a fondo para encontrar otros resultados, vale decir, explorar distintos rumbos. Es evidente que los países centrales por sí solos no pueden imponer soluciones —sin generar conflictos de imprevisibles consecuencias— a cuestiones que trascienden las fronteras continentales, regionales o nacionales: los estilos de desarrollo económico y social, el medio ambiente, las migraciones, el armamentismo, el carácter de las relaciones internacionales, las políticas educativas y culturales, etc. Todos ellos deberán ser planteados en foros internacionales, debatidos con el propósito de encontrar respuestas y compromisos que no siempre favorezcan a los poderosos y desamparen a los débiles, como ocurre en nuestros días. Infortunadamente —y mal podemos ocultar nuestra seria preocupación— advertimos un debilitamiento en el sistema de las Naciones Unidas que últimamente no parece estar a la altura de las necesidades y circunstancias, como lo revelan las crisis generadas en torno a la Guerra del Golfo, las tragedias de Yugoslavia, Somalia y Haití.

El entusiasmo que evidentemente hemos puesto al abordar estas materias nos ha restado tiempo e impide dedicar la atención suficiente a un aspecto que es el que, por formación, más nos hubiese interesado abordar. Aludimos al hecho de no haber podido plantear, desde el punto de vista de la filosofía de la historia, las debilidades e inconsecuencias teóricas de las tesis de Fukuyama y sus acólitos. Y no sólo las de ellos, sino también las ideas sostenidas por otras corrientes; pues si, como reza el castizo refrán, “éramos pocos...”, ahora se hacen presentes las teorías vinculadas a

la posmodernidad, o al caos, etc., que contribuyen todas a socavar los criterios de racionalidad, sobre todo en las ciencias sociales y humanas, al negar la legalidad, la previsibilidad, etc., puntos estos últimos que las distinguen por cierto de las primero mencionadas. Y para no complicar en demasía nuestro razonamiento dejamos de lado también toda especie de futurólogos, profetas y milenaristas que, para mal nuestro, abundan, y hasta aparentan multiplicarse en tiempos de intensas mutaciones y vicisitudes.

Se ha dicho (Juan José Saldaña), y con razón, que el siglo XVIII culminó con una cosmovisión ordenadora, racionalizadora y optimista, la de la Ilustración; que el siglo XIX y comienzos del presente generó otra cosmovisión con pretensiones no menos ordenadoras, racionalizadoras y optimistas. En cambio este fin de siglo que se nos ha echado encima nos encuentra desamparados, en una suerte de intemperie ideológica y axiológica que en parte explica nuestra actual situación de crisis. Entiéndase bien, no estamos reivindicando ni la Ilustración ni el Positivismo, cuyas limitaciones, ingenuidades y mecanicismo no desconocemos; sólo queremos expresar que en estos momentos carecemos de una cosmovisión y de una tabla de valores medianamente satisfactorias y aceptables para la mayoría de la población mundial. Y que urge la tarea de reconstruirla.

Pues bien, nuestro figurado optimismo inicial, tal como surge del propuesto título “Nuevo milenio, nueva historia”, tiene, creemos, raíces más profundas que las que inspiraron a Leibniz al escribir: “Al término del siglo se descubre un rostro nuevo a las cosas” (estamos citando un fragmento latino, “Estado de la Europa al comienzo del nuevo siglo”, que, evidentemente, se refería al XVIII).

Prevedemos para el próximo milenio —y estamos a bien pocos años del mismo— el surgimiento de grandes teorías ordenadoras de la realidad física y espiritual; imaginamos que están dadas las condiciones para nuevos Copérnico, Galileo, Newton, Darwin, cuyas ideas favorecerán una inédita cosmovisión, asentada sobre una universalidad menos excluyente que la actual, que reorganice la enorme masa de conocimientos acumulados, que otorgue un mayor respeto por la dignidad y la diversidad del hombre y de la naturaleza, que reclame y retribuya la participación efectiva que a su vez permita ir construyendo, entre todos, una sociedad más democrática (en el sentido más dilatado del término), más humana, más vivible. Con estos signos confiamos recomience una nueva historia el próximo milenio.